

APÉNDICE AL CAPÍTULO XVI.

LAS TRIBUS INDIAS.—SU CARÁCTER Y COSTUMBRES.—SU GUERRA CON LOS UNIONISTAS (*).

Las vastas regiones de Far-West, donde se extienden esas silenciosas y verdes llanuras sin fin, en las que parece que nunca puede turbarse la tranquilidad, tenían sin embargo, á veces, al Gobierno de la Union en continua alarma.

En efecto, bien considerado, hallábase allí su primer enemigo, el primitivo propietario de aquel territorio, el indio indígena, en fin, al que se había conseguido á veces desposeer, pero nunca dominar. Erallegado el momento en que los salvajes habían creído encontrar, despues de ver defraudadas sus esperanzas, una ocasion propicia para combatir la invasion extranjera, y sin cuidarse mucho de los motivos que encendian la guerra entre los *Rostros pálidos*, deseaban aprovechar cualquiera coyuntura para luchar contra sus enemigos. Sea por su carácter belicoso, por cálculo ó por instinto político, ó por el afán del botín, ello es que los *Pieles rojas* no podían permanecer tranquilos cuando los Yankees estaban en guerra.

Esto era muy natural: toda la historia de las colonias y de los Estados-Unidos no es mas que la de una lucha permanente entre las dos razas, la de una derrota continua de las tribus indias que defienden palmo á palmo su terreno y sus hogares, violentamente rechazadas de las costas del Atlántico hasta mas allá del Mississippi, sin dejar á su paso mas huella que sus nombres, que aun conservan ciertos rios, bahias y montañas. No había una razon para que abandonaran al llegar al Mississippi la lucha que venían sosteniendo desde dos siglos atrás, sobre todo cuando las causas mismas de esta lucha, es decir, los progresos de la colonizacion, no era probable cesaran, y cuando los colonos se veían precisados á batirse entre si en vez de hacerlo contra los indígenas.

(* Este interesante apéndice, tomado de la obra de Fernando Lecomte, contiene curiosos datos que servirán de complemento al presente capítulo.

Penoso es verse obligado á confesar que los americanos de los Estados-Unidos no han adelantado aun nada para obtener la solucion del problema de la coexistencia de las razas blanca y roja en aquel país, pero una solucion digna de los elevados principios de la moral, del socialismo y del cristianismo que distinguen á la gran república. Muchos han elevado su voz en favor del negro y han conseguido que se les escuchara, pero el indio, no menos desgraciado, mas interesante tal vez porque tiene cualidades de que carece la raza africana, no ha encontrado aun en el seno de los Estados-Unidos sino muy pocos y tímidos defensores.

La opinion pública, ciega en este punto, ha intervenido en la cuestion y formulado una sentencia que al parecer se considera inapelable, y las mas elevadas inteligencias, los hombres mas generosos, demasiado amantes por desgracia de la popularidad, se prosternan ante la sentencia de las masas, en vez de demostrar que es inicua, que está dictada por odios tradicionales que se remontan á las luchas de los primeros colonos, y que solo se tienen en cuenta los intereses puramente materiales. Esta sentencia es breve y sencilla: la raza roja debe ser esterminada; su existencia es incompatible con la civilizacion.

Muchos y respetables eclesiásticos se han adherido á esta cruel política, y admiten que, como no se sabe qué hacer con esos pobres salvajes, seria mejor destruirlos para la seguridad de los blancos. «Los indios, añaden suspirando los ministros del altar, están destinados á desaparecer para siempre; ¡se van!» Eso está dicho, está escrito, se predice en todos los tonos, y no hay medio de hacer creer lo contrario.

Por desgracia, los que así piensan no se limitan al terreno de la teoría, sino que descienden á la práctica, y en vez de encomendar á la Providencia la obra de destruccion,

se organiza esta de una manera metódica en gran escala, oficial y oficiosamente y por todos los medios posibles.

La tribu india, establecida en una buena localidad en virtud de antiguos contratos que la constituyen propietaria del terreno, no solo como indígena, sino por el derecho civil que se reconoce en los Estados-Unidos, prefiere por lo general un sitio que se halle cerca de un rio, pues esto le facilita la comunicacion con otras tribus con las cuales comercia. En la actualidad, los principales establecimientos indios se encuentran á lo largo de los mil afluyentes occidentales del Mississippi y del Missouri, al Este de Rock Mountains (Montañas de Roca).

Los indios forman pueblitos con chozas y tiendas construidas con pieles de búfalo: en el verano, los hombres van á la caza, y entre tanto las mujeres, los niños y los ancianos permanecen en sus albergues, donde se ocupan en recoger el maiz, en pescar ó en curtir las pieles traídas por los cazadores. Alrededor de los pueblitos indios se encuentran inmensos terrenos sin dueño conocido, sin cultivo, y que parecen esperar tan solo que algunos brazos robustos vayan á descubrir las riquezas de toda clase, agricolas y mineras, que á no dudarlo existen allí. En virtud de una ley de los Estados-Unidos, cuyo objeto es favorecer la inmigracion y la colonizacion, estos terrenos se venden á muy bajo precio, ó mas bien se ceden pagando un escaso derecho de inscripcion que viene á ser de un cuarto de duro por acre, pero el propietario ó el primero que llega, puede utilizarse de todas las praderas que no están rodeadas de una empalizada, es decir, hace pastar su ganado, siembra, recoge y construye segun le parece, pero está obligado luego á dejar aquel terreno si alguno le prueba con algun documento que tiene adquirido el derecho de propiedad sobre las tierras.

Aun cuando los conflictos civiles, en aquellos remotos confines de la civilizacion, se ventilan á veces á tiros, no son tan frecuentes las violencias como se pudiera creer, y esto consiste en que habiendo lugar para todo el mundo, el mas débil ó el mas prudente se traslada á otro punto mas lejano con su ganado y sus efectos, construye otra choza, y busca el medio de sostener mejor sus derechos.

Esta fácil colonizacion, á la que contribuye el antiguo mundo, y especialmente la Alemania y la Irlanda, hace ya treinta años, no tardó en rodear los pueblos indios. Entonces se consideró que estos eran un estorbo; entablóse la lucha ó las negociaciones de grado ó por fuerza, obligóse á los *pieles rojas* á trasladarse mas hácia el Oeste, y una vez allí, mediante cierta suma que se les pagaba en capital ó en rentas anuales, permitiéndose establecerse en terrenos destinados especialmente para las tribus. Acto continuo se les declaró legítimos y definitivos propietarios; se les dió un intendente ó agente, que llegó á ser mas ó menos jefe suyo, y se dió el nombre de *Reservas* á los nuevos establecimientos.

Pero como la inmigracion y la colonizacion siguieron su curso, con gran contentamiento del fisco americano, y como se multiplicaron las empresas industriosas y comerciales, fué preciso trasladar á otro punto el nuevo establecimiento indio, y el calificativo de *Reserva* se convirtió en el de ciu-

dad ó pueblo para que los *pieles rojas* dejaran su puesto á los blancos.

Algunas *Reservas*, organizándose en mayor escala, formaron grandes pueblos, probando así que la raza roja es susceptible de civilizacion, no tanto como la blanca, pero si lo suficiente para que no se la condene. Estas *Reservas*, muy pocas en verdad, son por lo general aquellas que han conseguido ponerse fuera del alcance de la gran corriente de la colonizacion, son aquellas cuyos individuos pueden compartir en un justo medio su actividad, entre la agricultura, á que no son nada aficionados pero cuya utilidad reconocen, y la caza que es para ellos una profesion, una passion, una gloria.

Á la cabeza de estas *Reservas* se encuentra siempre como agente ó como jefe elegido por los indios ó por el Gobierno, un hombre á la vez piadoso é ilustrado, un hombre que sabe probar con sus hechos y con sus palabras que la civilizacion y la religion de los blancos no es por ningun concepto inferior á la suya.

Por desgracia no sucede siempre esto: hay muchos agentes que solo piensan en explotar á los indios ó engañarlos; no pocos misioneros, mas ardientes que ilustrados, contribuyen, á pesar de sus buenas intenciones, á pervertirlos en vez de instruirlos, predicándoles verdades abstractas que la política de rigor empleada con ellos desmiente á cada momento. Así, pues, hasta el presente, la mayor parte de las misiones que están en relacion con las agencias, no han conseguido otra cosa sino introducir entre los indios, mas bien los vicios de los blancos que sus virtudes, mas bien la supersticion que las verdaderas nociones cristianas, y tanto es así, que con frecuencia necesitan mas los blancos á los misioneros que no sus víctimas (*).

(* He aquí lo que dice el general Pope sobre este punto al hablar de la campaña india de 1863 en Minnesota y Dakota:

«Los únicos blancos á quienes yo autorizaria para circular entre los indios, son los misioneros, y confío que podrá hacerse un arreglo con nuestras misiones para que tengan agentes en cada puesto militar, pero seria preciso que estos fuesen hombres prácticos que, viviendo allí con su familia, se encargaran de enseñar á los indios las artes útiles de la vida; á los hombres el cultivo de la tierra; á las mujeres la costura y las faenas domésticas, y á todos, en fin, el aseo y la decencia. Luego vendria por su orden natural la instruccion religiosa: yo creo que el principal defecto de nuestros misioneros es trastornar el programa de la educacion, deseando siempre convertir al indio en un miembro de la Iglesia, cuando aun no es mas que un salvaje. En este caso solo es el interés el que induce á las conversiones, y por esto mismo debe tenerse en cuenta que para cristianizar y para civilizar á la vez á los indios, se necesitan hombres esencialmente prácticos y de buen sentido que les enseñen desde luego á ser humanos y estudiar las artes de la civilizacion; que instruyan sobre todo á los niños, y que sepan contentarse con beneficios mas lejanos en vez de buscar inmediatos resultados á toda costa. La cuestion no es contar el número de bautismos, sino apreciar el valor de ellos.»

Unos misioneros tal como yo los entiendo obtendrian incalculables beneficios para los indios y para el Gobierno, y si se presentaran en los puestos militares de la frontera, recomendaria eficazmente que se les diese en el acto alojamiento y las raciones que necesitasen.»

Debe advertirse que hablamos aquí de las mejores *Reservas* de Far-West, de aquellas donde los pieles rojas, sin abandonar completamente la vida de los bosques, han llegado á ser hasta cierto punto sedentarios é industriales. Otras tribus que no se establecieron convenientemente no pudieron ser dominadas, y no siendo posible entrar con ellas en ningun arreglo ni concluir sino tratados parciales, se las desalojó á viva fuerza del territorio que ocupaban.

Arrancadas así de sus hogares y dispersas en las llanuras, estas tribus se entregaron al brigandaje, siguiendo el ejemplo que les dieron los blancos, y se vengaron de sus enemigos en las colonias mas lejanas y entre los emigrantes que se dirigian á Rock Mountains.

Entonces fué preciso hacerlas frente, alejándolas todo lo posible, y para esto hubieron de rodearse las regiones fronterizas de una línea de puestos fortificados que sirvieron de refugio á los blancos: la lucha continuó, sin embargo, encarnizada, y mas resuelto solia ser el ataque que la defensa.

Desde el descubrimiento de las riquezas auríferas de California, de Idaho, del Colorado, de Montana, del Oregon y de Nueva-México, y después de haberse establecido la secta de los mormones en Utah, los caminos que cruzaban las llanuras habian adquirido una gran importancia al convertirse en arterias de las principales comunicaciones, y no solo se encontraban siempre en aquellos numerosos emigrantes y trenes de mercancías, sino coches de postas de cuatro y de dos caballos que circulaban con tanta regularidad como en los demás países de Europa. Separados por una distancia de quince á veinte leguas, habia puestos militares mas ó menos fortificados, mientras que á derecha é izquierda del camino estendíase el desierto en toda su plenitud.

Á lo largo de estas vías ejercian, y aun ejercen hoy los indios hostiles, sus sangrientas represalias, entregándose en mayor ó menor escala al saqueo y al pillaje; pero bien pronto se reunieron tropas y se dispersó á los indios. Estos volvieron á empezar, batióseles de nuevo sin darles cuartel como si fuesen fieras, y después se les impusieron tratados de alianza para que se establecieran alrededor de tal ó cual fuerte, reservándose tales ó cuales terrenos para la caza, su pasion favorita. Además de esto, se les pagó y se les paga aun hoy una renta anual para halagar su amor propio, haciéndoles creer que aun son dueños del terreno.

Pero de la vida que se observa en esos pueblecillos, formados alrededor de los fuertes por la astucia ó por la fuerza, y donde los indios no suelen tener á la vista sino malos ejemplos, no debe esperarse un progreso verdadero en su estado moral y material, y como si esto no fuera bastante, los blancos les provocan á disputas diariamente, tratan de rebajarlos y humillarlos, y dan con esto lugar á que los salvajes se rebelen contra sus pretendidos aliados al ver que se han convertido en tiranos.

Probablemente siempre sucederá así mientras el Gobierno de los Estados-Unidos no reconozca las ventajas de conceder convenientes *Reservas* á las diversas tribus indias, respetándolas luego y haciendo que las respeten rigurosamente los colonos y las autoridades territoriales. Los blancos deberian tambien probar á los salvajes nuestra superioridad

de raza y religion, teniendo mas consideraciones respecto á los vicios de estos últimos, adquiridos por seguir un mal ejemplo. Tambien seria digno del espíritu humanitario de tan noble nación, si desea avanzar en la grandiosa obra de la civilizacion cristiana, limitarse esclusivamente á la defensa pasiva, y no ensañarse en sangrientas represalias, al menos durante una generacion, es decir, hasta que los indios vuelvan á tener confianza en la honradez y lealtad de los blancos.

Al principiarse la guerra civil, las principales tribus tenian justos motivos de queja contra el Gobierno por no haber cumplido este sus promesas, y en las tres grandes vias que atraviesan las llanuras arreciaba la lucha, cada vez mas sangrienta, sin que se pensara en otra cosa sino en la exterminacion reciproca. Por parte de los blancos, soldados y colonos, procedíase por lo regular sin compasion, sin fe, sin ley, y la persecucion contra los indios se asemejaba mas bien á una caza de lobos ó de osos.

Así pues, supongamos que en un buque que remontaba el Missouri caian algunas flechas ó balas de los indios hostiles; el comandante daba entonces orden de ametrallar todos los campamentos indios que se encontraran al paso, y de este modo, el delito de uno ó dos indios era expiado por inocentes víctimas, sin beneficio para nadie, y sin otro resultado que envenenar mas el concho de los salvajes.

En 1863 un cierto capitán F., que con su destacamento se retiraba en direccion al fuerte Lamarie, perseguido por algunos indios Sioux, tuvo la ocurrencia de librarse de sus enemigos abandonando sus provisiones de pan y tocino, que envenenó con estrignina, y á consecuencia de esto pereció toda una tribu compuesta de unas veinte familias. Cierto es que se reprendió al citado capitán invitándosele á que presentara su dimision; pero al año siguiente, viósele á la cabeza de un gran convoy de emigrantes y mineros de Minnesota, y aun cuando no era mas que un simple particular, habíale hecho el Gobierno grandes concesiones que le daban mucha consideracion.

En 1864 una tribu procedente del Colorado, compuesta de cinco ó seis mil individuos, cuyos dos jefes eran el *Cuervo negro* y el *Antilope blanco*, fué á reclamar á las autoridades del fuerte Lyons la conclusion de un tratado, ofreciendo, en virtud de este, entregar varios blancos cautivos comprados á otra tribu. Cumplida su promesa, los indios se establecieron cerca del fuerte Lyons con el consentimiento, ó mas bien, por orden del gobernador del territorio y del comandante del fuerte, y no solo se portaron muy bien, sino que se proclamaban amigos de los blancos y enemigos de las tribus que aun hacian la guerra. Al principio se les trató muy bien por el comandante, que era el mayor Wynkoop, pero habiendo sido reemplazado éste por el mayor Anthony, mudaron las cosas de aspecto, pues este último empezó primero por exigir á los indios que entregasen sus armas, lo cual hicieron sin quejarse, y acabó por ordenarles que fueran á establecerse en las tierras de caza de Sand-Creek, situadas á treinta y cinco millas de distancia del fuerte Lyons, donde se les haria saber si el comandante estaba autorizado para firmar un tratado de paz con ellos.

Los indios no opusieron resistencia; diéronseles sus armas y partieron, y solo dos ó tres de ellos se quedaron en el fuerte al servicio del gobernador. Entre tanto el comandante del distrito, el coronel Chivington, se dirigia al fuerte con setecientos ginetes, voluntarios del Colorado, y dos piezas de artilleria, y reforzado luego con otros ciento veinticinco hombres y dos piezas mas, que le cedió el mayor Anthony, marchó en la noche del 28 al 29 á Sand-Creek, donde se hallaba establecido el campamento de los indios, compuesto de unas ciento diez chozas.

En la mañana del 29 de noviembre fueron atacados los indios sin intimacion alguna, y á pesar de las protestas de los jefes, que izaron al momento el pabellon americano con una bandera de parlamento, como era costumbre en casos semejantes, comenzó una escena de muerte y de barbarie, en la cual hombres, mujeres y niños fueron acuchillados indistintamente. En pocos minutos todos los indios huian en la mayor confusion por la llanura, poseidos de terror; algunos que se habian escondido en las orillas del rio fueron fusilados á sangre fria á pesar de que no oponian resistencia alguna, y no contentos con matar á mujeres y niños inofensivos, los soldados cometieron actos de barbarie indignos de personas civilizadas y que la pluma se resiste á describir. Nada hicieron los oficiales para contener á su tropa, y presenciaron con la mayor indiferencia aquella escena de horror sin reprender en lo mas mínimo á los autores de ella. Aquella espantosa carnicería continuó por espacio de dos horas, y hasta que un centenar de cadáveres, la mayor parte de mujeres y niños, cubrieron aquel campo de sangre.

La narracion de este hecho está traducida testualmente del informe presentado al Congreso por Mr. Wade, uno de los hombres mas distinguidos de la Union, y que fué luego Presidente del Senado. El Gobierno, segun parece, no adoptó medidas para evitar la repeticion de semejantes violencias, y los pobres indios siguen siendo víctimas de la inhumana politica que con ellos se observa.

La excusa de que no se puede combatir eficazmente á los indios sino usando de la misma ferocidad que ellos, es tan solo propia de los demás salvajes, pero no está bien en soldados que pretenden en nombre de la civilizacion que representan, tener derechos sobre los indígenas y el territorio que habitan.

Por lo dicho se comprenderá que no debía ser difícil para los confederados reclutar auxiliares en el territorio indio, si bien estos no serian sin duda muy poderosos, pues gracias al sistema de esterminio, el número total de los guerreros perdidos en aquellos inmensos desiertos, no ascenderá hoy á mas de sesenta mil hombres, que cuando están fraccionados en masas de uno ó dos mil son mas imponentes que peligrosos.

Cuando se baten, forman generalmente una cadena irregular con objeto de rodear al enemigo, pero si se trata de asaltar un fuerte, avanzan en masa hasta hallarse á un tiro de fusil de aquel, se desplegan luego en forma de abanico, se lanzan á la carrera y atacan rápidamente, saltando como panteras y lanzando ahullidos que se asemejan á los del lobo. Son malos tiradores y no conocen absolutamente la disciplina, y á pesar de su gran valor, que no consiste en verdad en batirse de frente cuando pueden hacerlo por la espalda, puede decirse de ellos lo que decia de los beduinos un ilustre general francés del ejército del África: «Cuanto mas numerosos menos son de temer.» En cambio los indios son temibles en las escaramuzas, en las emboscadas, en las sorpresas, y como guerrilleros, pues ningun europeo por astuto que fuese se podría librar de sus imprevistos ataques. Cuando forman el proyecto de quitar la vida á tal ó cual jefe, por muy valeroso que sea ó por muy escoltado que vaya, no se verá nunca libre de las flechas de los indios, que las lanzan á corta distancia con una precision y una rapidez admirables. Vemos, pues, que semejantes guerreros no servian de mucho en la gran lucha empeñada para el mantenimiento de la Union y la supresion de la esclavitud.